

La espiritualidad del diácono permanente

Pbro. Sergio G. Román

¿Qué es espiritualidad?

Por lo tanto, manténganse con el espíritu alerta, vivan sobriamente y pongan toda su esperanza en la gracia que recibirán cuando se manifieste Jesucristo. Como hijos obedientes, no procedan de acuerdo con los malos deseos que tenían antes, mientras vivían en la ignorancia. Así como aquel que los llamó es santo, también ustedes sean santos en toda su conducta, de acuerdo con lo que está escrito: Sean santos, porque yo soy santo. (1 Pe 1, 13-16)

Dios quiere que todos los hombres se salven (1 Tim 2,3-6) así que la vocación a la salvación es universal. ¿Cómo responder a ese llamado del amor divino? La respuesta a esa pregunta es: la espiritualidad. La espiritualidad es el camino que cada humano sigue para lograr lo más importante de la vida, salvarse. (Mt 16, 26)

¿Puede el hombre salvarse? Sabemos los católicos que la salvación es un regalo de Dios inmerecido por el ser humano. Nos salvamos porque Dios es bueno y nos ha dado lo que necesitamos para conseguir esa salvación. Él nos llama; nosotros respondemos y hasta esa respuesta es don de Dios.

Salvarse es ser santo. La santidad es un atributo de Dios. Él es el único Santo, pero quiere que todos participemos de su santidad.

La espiritualidad es el camino a la santidad. Es el camino hacia Dios.

¿Quién es La Espiritualidad?

Tomás le dijo: "Señor, no sabemos adónde vas. ¿Cómo vamos a conocer el camino?" Jesús le respondió: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre, sino por mí". (Jn 14, 5-6)

Para los cristianos el único camino hacia Dios es el mismo Jesús. Él es El Camino.

Seguimos a Jesús como discípulos. Recibimos su Espíritu que nos santifica. Nos unimos a Cristo. Nos identificamos a Cristo de tal manera que ya no somos nosotros, sino que es Cristo quien vive en nosotros (Gal 2,20).

Para los cristianos, y hasta para los no cristianos, la única espiritualidad es Cristo, ya que hasta los que no lo conocen, si se salvan, lo hacen por él.

No hay muchas espiritualidades; hay una sola y es Cristo.

¿Hay muchas espiritualidades?

Las diferentes espiritualidades cristianas participan en la tradición viva de la oración y son guías preciosas para la vida espiritual. (CEC 2693).

En su deseo de llegar a Dios el ser humano asume su realidad, sus circunstancias concretas, y viviendo lo que le toca vivir emprende el

camino hacia Dios. Dios nos llama tal como somos y desde donde estamos, y cada uno de nosotros responde a Dios de acuerdo con sus posibilidades, de tal modo que podemos decir que hay tantos modos de santificarse cuantos son los llamados que Dios hace a la salvación. Cada uno de nosotros debe encontrar la forma de vivir a Cristo, el Camino que conduce al Padre.

Algunos de nosotros se han distinguido por encontrar, experimentando en ellos mismos, formas diversas de vivir a Cristo. La iglesia llama a esas formas espiritualidades. Estas espiritualidades son verdaderas escuelas donde se aprende a ser santo.

Las más conocidas son la de san Agustín, san Bruno, san Benito, san Francisco, santo Domingo, santa Teresa de Ávila, san Ignacio, san Francisco de Sales y, en estos tiempos, santa Teresita de Lisieux, santa Teresa de Calcuta, beato Charles de Foucold, san José maría Escribá y tantos y tantos maestros que dejan escuela.

También podemos hablar de espiritualidades propias del estado de vida que se ha aceptado: Vida consagrada, clérigos diocesanos, esposos, solteros.

La Iglesia Latinoamericana nos anima a descubrir la espiritualidad encerrada en la religiosidad popular que ha nutrido por siglos a nuestro pueblo sencillo y que puede y debe ser fuente de santidad.

Todas estas espiritualidades no son más que diversas formas de vivir el único Camino que es Cristo.

La espiritualidad del célibe

Yo quiero que ustedes vivan sin inquietudes. El que no tiene mujer se preocupa de las cosas del Señor, buscando cómo agradar al Señor. En cambio, el que tiene mujer se preocupa de las cosas de este mundo, buscando cómo agradar a su mujer, y así su corazón está dividido. (1 Cor 7, 32-34)

El celibato y la virginidad por el reino de los cielos son en sí mismos un valor, aún sin estar adheridos a la vida consagrada o al sacramento del orden. La Iglesia considera este tipo de vida como un don de Dios que lleva a la renuncia de sí mismo para servir a Dios plenamente y para servirlo en el amor a sus hijos nuestros hermanos.

Este don favorece el desarrollo personal, ya que la perfección del cristiano es la caridad. En el celibato el amor se presenta como signo de consagración total a Cristo con un corazón no dividido y como una plena libertad para servir a los hermanos. El celibato vivido con sinceridad, dignidad y alegría es un testimonio para los hombres de este mundo que ven en el cumplimiento fiel de este carisma una proclamación de lo eterno desde esta vida.

La espiritualidad del diácono célibe o viudo no lo condena a una vida de nociva soledad y egoísmo, sino que lo lleva a vivir la fraternidad universal

en su apertura a Dios, Padre de cada uno de nosotros, en la Iglesia, familia de los hijos de Dios.

La espiritualidad de los casados

Sean dóciles los unos a los otros por consideración a Cristo: las mujeres a su marido, como si fuera el Señor, porque el varón es la cabeza de la mujer, como Cristo es la Cabeza y el Salvador de la Iglesia, que es su Cuerpo. Así como la Iglesia es dócil a Cristo, así también las mujeres deben ser dóciles en todo a su marido.

Maridos, amen a su esposa, como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella, para santificarla. Él la purificó con el bautismo del agua y la palabra, porque quiso para sí una Iglesia resplandeciente, sin mancha ni arruga y sin ningún defecto, sino santa e inmaculada. Del mismo modo, los maridos deben amar a su mujer como a su propio cuerpo. El que ama a su esposa se ama a sí mismo. Nadie menosprecia a su propio cuerpo, sino que lo alimenta y lo cuida. Así hace Cristo por la Iglesia, por nosotros, que somos los miembros de su Cuerpo. Por eso, el hombre dejará a su padre y a su madre para unirse a su mujer, y los dos serán una sola carne. Este es un gran misterio: y yo digo que se refiere a Cristo y a la Iglesia. En cuanto a ustedes, cada uno debe amar a su mujer como a sí mismo, y la esposa debe respetar a su marido. (Ef 5, 21-33)

El sacramento del Orden consagra el estado de vida del que ha sido llamado. Al casado lo consagra en su matrimonio con esta esposa concreta, de tal modo que si llega a faltar ella, él no podrá contraer nuevas nupcias.

Para los diáconos casados, su vocación no es una cuestión meramente personal, sino que implica una respuesta de la esposa y de la familia toda. Así lo da a entender la Iglesia cuando manda que no se ordene a nadie si la esposa y los hijos no están de acuerdo en compartir su vida de ministerio al servicio de la Iglesia.

Son llamados como casados y como tales deben ejercer su ministerio dando así a la Iglesia el testimonio de una familia unida en la fidelidad, en el compromiso y en el mismo amor a la Iglesia.

La espiritualidad de los casados tiene como fuente el sacramento del Matrimonio que los hace signo ante sus hijos y ante el mundo del amor de Cristo a la Iglesia.

La unidad de los esposos en una sola carne, un solo corazón y un solo espíritu enriquece el sacramento del diaconado haciéndolo una predicación viva del Evangelio y una vivencia existencial del amor humano, divinizado por la gracia.

Los casados que reciben el diaconado enriquecen su matrimonio al consagrarlo al servicio de Dios en los hermanos más pobres y necesitados.

La espiritualidad del Diácono

Jesús los llamó y les dijo: "Ustedes saben que aquellos a quienes se considera gobernantes, dominan a las naciones como si fueran sus dueños, y los poderosos les hacen sentir su autoridad. Entre ustedes no debe suceder así. Al contrario, el que quiera ser grande, que se haga servidor de ustedes; y el que quiera ser el primero, que se haga servidor de todos.

Porque el mismo Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por una multitud".(Mc 10, 42-45)

La característica que marca la espiritualidad del diácono, casado o célibe, es su identificación con la diaconía de Cristo.

Lo que caracteriza la espiritualidad del diácono es el espíritu de servicio y tanto más vivirá en plenitud su santificación en su ministerio cuanto más ejerza aquello para lo que fue ordenado.

Por la ordenación sacramental está llamado a colaborar muy de cerca con su obispo, a quien prometió obediencia de una forma pública y solemne. El diácono es primordialmente del obispo. Obedece al obispo cumpliendo el ministerio que se le ha confiado canónicamente, casi siempre en colaboración con los presbíteros con quienes comparte el sacramento del orden, aunque no el sacerdocio ministerial.

El diácono es clérigo. Clero significa etimológicamente "lo que me ha tocado en herencia, o por suerte"

Dios es nuestra herencia. Es el premio que nos hemos sacado en la lotería de la vida.

Aceptar gozosamente el diaconado es aceptar la herencia que Dios nos tiene dispuesta para hoy y para la eternidad.

Parte importante de la espiritualidad del diácono es la fraternidad con los obispos, con los presbíteros y, de manera muy especial, con los diáconos sus hermanos con los que debe formar una comunión de amistad y de ayuda mutua.

La fuente de la espiritualidad diaconal

En el grado inferior de la jerarquía están los Diáconos que reciben la imposición de manos no en orden al sacerdocio sino en orden al ministerio. Así, confortados con la gracia sacramental, en comunión con el Obispo y su presbiterio, sirven al Pueblo de Dios en el ministerio de la liturgia, de la palabra y de la caridad. Es oficio propio del Diácono, según la autoridad competente se lo asigne, la administración solemne del bautismo, el conservar y distribuir la Eucaristía, el asistir en nombre de la Iglesia y bendecir los matrimonios, llevar el Viático a los moribundos, leer la Sagrada Escritura a los fieles, instruir y exhortar al pueblo, presidir el culto y oración de los fieles, administrar los sacramentales, presidir los ritos de funerales y sepelios. Dedicados a los oficios de caridad y administración, recuerden los Diáconos el aviso de San Policarpo:

"Misericordiosos, diligentes, procedan en su conducta conforme a la verdad del Señor que se hizo servidor de todos".

Teniendo en cuenta que estas funciones tan necesarias para la vida de la Iglesia, según la disciplina actualmente vigente en la Iglesia latina, en muchas regiones difícilmente se pueden desempeñar, se podrá restablecer en adelante el Diaconado como grado propio y permanente en la jerarquía. Tocarà a las distintas Conferencias Episcopales el decidir, con la aprobación del Sumo Pontífice, si se cree oportuno y en dónde, el establecer estos diáconos para la cura de las almas. Con el consentimiento del Romano Pontífice este diaconado se podrá conferir a hombres de edad madura, aunque estén casados, o también a jóvenes idóneos; pero para éstos debe mantenerse firme la ley del celibato. (L. G. 29)

La fuente que nutre toda espiritualidad es el amor inagotable de Dios que mana a través de la propia vida y de sus circunstancias.

Para el diácono célibe esa fuente es su disponibilidad al amor a sus hermanos en el servicio sin divisiones.

Para el diácono casado, el amor a su esposa y a sus hijos será siempre una fuente de gracias santificantes.

Para todos los diáconos, su trabajo civil, entendido como una colaboración con la creación divina y como la oportunidad de un testimonio cristiano de honradez y compañerismo, será también una fuente de santificación. El trabajo civil permite a la Iglesia y a Cristo mismo, hacerse presentes en el mundo.

El ejercicio del ministerio diaconal es, también, una fuente de santificación. El ejercicio de la caridad para con los más pobres santifica de tal modo que la Iglesia busca siempre esa característica en aquellos a los que va a proclamar beatos o santos. El diácono verá siempre a Cristo presente en aquellos que se le acercan buscando la mano y el corazón siempre abiertos de Jesús.

En la proclamación del Evangelio, en la lectura a los fieles de la Sagrada Escritura, en la homilía y en la enseñanza de la doctrina, el diácono está invitado a vivir lo que predica.

En el servicio a la comunidad en la liturgia sagrada, el diácono se enriquece con las gracias de las que él mismo es ministro, santificándose y santificando.

Toda espiritualidad encierra, necesariamente, una vida de oración intensa, porque la oración es comunicación con Dios, diálogo que propicia la intimidad y acrecienta el amor. El diácono es un hombre en oración.

Reflexión en grupos

Mesa 1 (Díaconos célibes y viudos)

- 1.- ¿El ministerio diaconal me ha ayudado a madurar en mi afectividad?
- 2.- ¿Cómo le hago para no sentirme solo?
- 3.- ¿Mi celibato me permite, realmente, amar a Dios con un corazón no dividido?
- 4.- ¿Hago de mi celibato una ventaja para servir con entrega total?

Reflexión en grupos

Mesa 2 (Díaconos casados y esposas)

- 1.- ¿El ministerio diaconal nos ha ayudado a ser mejores esposos?
- 2.- ¿Hemos crecido en el amor a nuestros hijos?
- 3.- ¿Hemos crecido en el amor a Dios?
- 4.- ¿Las esposas sienten que también ellas participan en la misión que la Iglesia ha dado a su esposo o se sienten no tomadas en cuenta?

Reflexión en grupos

Mesa 3 (Díaconos casados sin las esposas)

- 1.- ¿El ministerio diaconal los ha ayudado a ser mejores esposos?
- 2.- ¿Hemos crecido en el amor a nuestros hijos?
- 3.- ¿Hemos crecido en el amor a Dios?
- 4.- ¿Sienten que no han tomado en cuenta a sus esposas en lo que toca a su ministerio diaconal?